

JOSE MARIA FERNANDEZ NIETO

Capital de Provincia



MADRID
MCMLXI

JOSE MARIA FERNANDEZ NIETO

José María Fernández Nieto lleva muchos años y desde la Revista «Rocamador» que dirige en Palencia, librando cotidianas batallas a mayor gloria de la Poesía.

Autor de varios libros de versos, llega hoy, con su garganta en viño, a la Colección Ababol para brindarnos esta CAPITAL DE PROVINCIA donde el dolor se trasmuta, por gracia de su alto verso, en cordial o fustigante ironía que, a veces, el vuelo de los pájaros ciudadanos cambian en tristeza casi irreparable.

La historia empieza un jueves—tristeando y sin culpar a nadie lo dice el autor—; jueves y domingos siguen para acabar en un augurio jubilar de mayo que José María Fernández Nieto profetiza y jura por sus versos en un final alborozado de esperanzas.

A Javier Martí Alvil
agraciándole en carta a
mi TREBEDE llena de esti-
mulos, este nuevo libro de
inquietudes sociales pero
salvado por la esperanza,

en todo a fecho

Jue ll^o
u

Critica. D. Rep.
27. of. 51.

TIT: 64197
C. 1080590.

CAPITAL DE PROVINCIA

DE ESTA EDICION SE
HACEN 500 EJEMPLARES

NÚMERO 5 DE LA
Colección ABABOL
AL CUIDADO DE
GUMERSINDO GUERRA-LIBRERO

Copyright by José M.^a Fernández Nieto
Depósito legal: M. 6.849-1961
Número registro 3.620-61

JOSE MARIA FERNANDEZ NIETO

Capital de Provincia



MADRID
MCMLXI

JOSE MARÍA BARRAL MATEO

Capital de Provincia

Historia y Geografía



"Cantar a los árboles es, hoy día,
ocultar muchos crímenes..."

BRECHT

PORTICO PARA UN JUEVES

Supongamos: La historia empieza en **jueves**,
cuando el niño pregunta por los pájaros,
cuando la paz sacude las alfombras,
cuando el sol desayuna entre los pinos
y suenan a otros tiempos las campanas.

Supongamos que sí, que **jueves** sea,
que Luis esté lavándose el recuerdo
y pensando en su sábado más próximo;
que don Cosme se peine ante el espejo
apresuradamente, porque es **jueves**
y hay que citar a junta a los arcángeles.

Yo podría decirles que ya es marzo,
que, por de pronto, el sol se siente a gusto ;
que es muy temprano para que don Angel
se sune el corazón ; que aún, en sus sábanas,
sueña Juan en la suerte de los álamos.

Yo podría decirles que en San Tirso
se puebla el coro de ángeles filósofos ;
que un sacerdote lucha esta mañana
por sostener a Dios entre sus manos.

Pero vengan conmigo, no se asusten
si les digo que el odio ha madrugado
en forma de sirena mientras sueña
con naipes una mosca en el Casino ;
también puedo decirles que amanecen

corazones que sudan inquietudes,
pájaros bondadosos que gorgcean
su amor por los que sufren, hombres puros
que desayunan besos y rosales...
He aquí una muestra, que yo sepa : Carlos,
un indicio de Dios, un beso ardiendo.

Aún los escaparates no amanecen
pañuelos, sedas, modas, frigoríficas
y ya la calle hierve de proyectos,
de mejillas cansadas y saludos.

Al fin llega el cartero repartiendo
facturas, esperanzas, vida escrita :

«Muy Sr. mío...», «Mi querida Elena...»,
«Setecientas cuarenta, timbre aparte»,
«El Zaragoza empata con el Betis...».

Y luego el autobús, los soportales,
la primavera en boca de los tristes
y los alumnos que andan preocupados
porque no saben descifrar un beso.

Pero ya la comida está en la mesa
y hay alguien que se acuerda de los pobres
porque ha visto anteayer una película.
Otros, mientras el pan, están pensando
en que bajó la Bolsa, en que don Celso
no les ha dicho adiós esta mañana,
o en el aroma del café o en tantas
cosas que no se dicen, ya se sabe:
en escribir a Jorge, en la partida
de mus, en un entierro o en ponerle
un telegrama a Dios si llega el caso.

Así empieza la historia cuando es jueves
y se llenan de marzo las respuestas.

Porque el domingo cambiarán las cosas
y, ya saben ustedes, San Matías
se llenará de fieles por supuesto,
porque hay que oír la misa, está mandado,
aunque se esté pensando en el partido
y seremos cristianos aunque el lunes
neguemos el saludo a una paloma,

consintamos que un pájaro agonice
o pisemos la luz sin darnos cuenta ;
aunque se seque un beso en un armario,
aunque nos sobre el pan y se endurezca ;
el caso es ir a misa los domingos,
ir adquiriendo a plazos nuestra muerte,
comprar la eternidad a precios módicos
y hablar mal, eso sí, del comunismo...

Así empieza la historia, así la cuento.
Si hoy es jueves la culpa no es de nadie.

DON COSME

Supongo que don Cosme habrá nacido del vientre acusador de algún relámpago o de un beso urgentísimo... ¡quién sabe!

Don Cosme es presidente de la prisa, concejal de las nubes, secretario de la archicofradía de los números, vocal, por elección, de las novenas.

No sé cómo don Cosme tiene tiempo para opinar de arcángeles y santos y asistir a tres juntas a las ocho para emitir su voto en pro del campo, proyectar los festejos de septiembre

y comprar en Madrid un estandarte.

No sé cómo don Cosme puede a un tiempo curar el sarampión a una azucena o levantar un acta a una cigarra teniendo en cuenta que le faltan manos para extender saludas y recibos.

Le faltaba ser socio del Casino y se apuntó en noviembre, por si dicen... Don Cosme nació así... Ya, siendo niño, se erigió en directivo de su sueño y en un papel sumaba actividades para que se le viera que vivía.

Nunca pudo saberse si era bueno, si pensó alguna vez fuera de junta, si se casó en domingo, por ejemplo para no confundirse de parroquia; nunca se supo si tenía el alma empedrada de avisos y de horarios.

Por lo demás, don Cosme era correcto, decía con soltura «su ilustrísima», «muy señor mío», «mi querido hermano», «un saludo cordial...» y redactaba perfectamente elogios y sonrisas.

Fué un digno defensor de los suburbios y conocía el hambre en la estadística, pero no tuvo tiempo de acercarse y ponerle el termómetro a la noche. Vivía atrincherado en sus papeles, embriagado de cifras y de cálculos

y alguien aseguró que, estando cerca,
su corazón le olía a tinta china.

Yo sólo puedo asegurar que hablaba
con calculado amor de miembro activo,
que vivía, don Cosme, como vive
un número amarillo en un sumando,
que anticipadamente ya sabía
lo que ocurría siempre, lo que el martes
le estaba reservado a su bolígrafo.

(Alguna vez su esposa le reprende
porque, cuando se acuesta, está pensando
que se ha dejado un beso en la carpeta
o que se le ha perdido una medalla.)

Don Cosme nació así... No tiene tiempo
de amar, de cortejar a una azucena,
de dialogar con una mariposa,
de socorrer a un lirio que se muere.

Y el caso es que, por culpa de don Cosme,
se siguen oxidando las estrellas...

DON ERNESTO

No es extraño que un beso se suicide,
que se ahorque una flor de una solapa,
que un pájaro se afilie al comunismo
o que una hormiga se declare en huelga
mientras el aire sepa a don Ernesto,

No me sorprende que las piedras sangren,
que el corazón estalle en las camisas,
que cruja la madera de los púlpitos
mientras haya una voz en el Casino
que insulte la humildad de las cucharas.

Porque, ustedes ya saben, don Ernesto

—medalla individual de la soberbia—
es de los que pasean perdonando
que cante un rruiseñor o que una rosa
perfume una mañana de septiembre.

Porque él es licenciado en silogismos,
cónsul de la verdad y no comprende
que opinen los claveles o que el trigo
madure sin la firma de un notario.

Porque vive domando las palabras,
descifrando ecuaciones celestiales,
enmendándole a Dios sus desaciertos
y no consiente que alguien le salude
sin descubrirse el alma cuando pasa.

Hay quien suelta a su espalda maldiciones,
pero, si llega el caso, le abanica
con suavidad de cisne acostumbrado.

Es un extraño caso don Ernesto;
emana autoridad desde sus lentes,
desde el brillo inmortal de sus sortijas,
desde el bastón que empuña su insolencia.
Y todo es porque conde fué su abuelo,
porque suenan sus dólares a púrpura
y porque sabe hablar correctamente
del curso que ha tomado la política.

Es insólito el caso... Hasta el alcalde
tiene en cuenta su atlántico criterio

y acaricia su torso escayolado
en donde no se posan los jazmines;
hasta la autoridad más apremiante
respeto su antebrazo donde mueren
en formación perfecta los arcángeles.

Don Ernesto se lava, desayuna
tostadas de estupor y omnipotencia
y cuando firma efectos notariales
es como si inventara un mundo nuevo.

Pero en su corazón, ya remotísimo
un pájaro le canta traicionándole.

GABRIEL

Se prohíbe pensar... Este es el lema.
¿Vivir? ¿Morir? Cazar. La duda ofende.
Vale más un disparo que un proverbio
y un perdigón, por cierto, que una lágrima.

Porque Gabriel es cazador, no llega
apenas a ser hombre... Se prohíbe
pensar... Este es el lema y el dilema.
¿Vivir? ¿Morir? Cazar hasta olvidarse.

Porque Gabriel es cazador de origen
y la escopeta le nació en las manos,
porque le huele a pólvora el recuerdo

y el corazón le suena a perdigones.

Bien es verdad que sabe hacer la nómina,
que cumple exactamente sus deberes,
pero le duele el humo del cigarro
si entierran en domingo a un compañero.

El no sabe si España está curándose,
si es tan fiero el dolor como le pintan,
si es cierto que se mueren los geranios.
El no se entera nunca si los sueldos
no alcanzan para el pan, si faltan brazos
para sembrar la próxima simiente;
él no comprende por qué llora un niño,
por qué gritan los frailes en el púlpito,
por qué su prima hermana se fué monja.

Gabriel es tan sencillo como un verso
escrito por un ángel para un árbol,
es tan elemental como un arbusto
que crece sin saber quién le ha sembrado.

El se levanta pronto los domingos,
oye llover la misa urgentemente
y sale al campo con el alma a cuestras
y el corazón oliéndole a tomillo.

A veces, se le escapa alguna pieza
y blasfema o enciende un cigarrillo
sin darse cuenta apenas de que es hombre.
Sólo cuando regresa por las tardes

y le acaricia el galgo del recuerdo
piensa que ya ha cumplido los cincuenta
y es posible que Dios esté en lo cierto.

Pero enseguida volverá el domingo
y huirá de la ciudad alegremente,
dejando abandonado en su cartera,
junto a su corazón, lirio en desuso,
un beso deshojado por un ángel.

JUAN

Cuando el arroyo baja turbulento,
cuando piensa la víbora en su idioma,
cuando llora de rabia un adjetivo,
cuando el caimán disfrázase de aurora,
cuando Juan asegura que él ha visto
salpicada de sangre una gacela
no es posible que vivan los geranios.

Juan fué quien dijo, gravemente, un día
que la nieve de noche no era blanca,
que un jilguero cantaba alegremente
para que no se oyera su tristeza
o, más concretamente, que Jacinta

cultivaba una flor que no era suya.

Juan fué quien esparció por el Casino el rumor de que Laura repartía su hermosura caliente a los gorriones, el que afirmó que Cándido guardaba un beso equivocado en una jaula, el que corrió la voz de que a don Angel le sonaba el amor a calderilla.

Todos sabían que si Juan hablaba ardían sin piedad sus adjetivos y le nacían cuervos en los ojos, que su sangre le hervía de sospechas y todo porque Juan no tuvo rosas, porque tenía un hijo sin corbata y una muchacha que nació soltera.

Todos sabían que si Juan hablaba el aire se tornaba irrespirable, que sus afirmaciones emanaban un olor a sulfúrico y a embuste, pero pesaban muchos sus gemelos, le olía a señorito su camisa, tenía el corazón recién planchado y había que escucharle con respeto porque era Presidente de la Cámara y era de calidad su voto múltiple; porque era concejal por algún tercio y regalaba rosas a los Bancos, porque tenía título de conde y era primo segundo de un ministro.

Y había que escucharle con respeto
aunque una rosa se manchara en sangre,
aunque se asesinase una sonrisa
y su voz fusilase una quimera.

Sólo una vez desenvainó su espada
la voz de Julio Gómez en sus versos
y nadie le entendió porque su idioma
no lo entendía nadie...

Solamente
se hablaba en el país de los jilgueros.

LOPEZ

Sé solamente su apellido : López.
López de profesión. López de vida.
López desde los pies a la cabeza.

No estudió en la aritmética los números,
pero sabe sumar, con tal soltura,
el kilo y la avaricia, el pan y el beso,
que vende por arrobas su conciencia
para multiplicar su purgatorio,
que es capaz de tasar una amapola
o de poner en venta un padrenuestro
para aumentar su triste soltería,

(D'cen que, cuando piensa, deja mancha
y se cobra a sí mismo las sonrisas...)

Sus dedos acarician los billetes
con una extraña devoción de amante,
y cuando paga el pan, reza los números
y apunta su tristeza en un cuaderno.

Por lo demás, el cine no le importa,
le tiene sin cuidado que haya curas,
que la ciudad se alegre los domingos
o que vaya el amor en automóvil.
(Y en cuanto al alma, sabe que no pesa
diez gramos si se pone en una báscula.)

Sólo medita en las contribuciones
y salmodia en voz baja kilogramos;
sólo canta por dentro largas sumas
cuando hay que revisar los albaranes.

No le preguntes nombres de ministros
ni si van a la luna los satélites,
sólo sabe que hay actas amarillas
y hay que tener cuidado con los precios.

Su corazón, en suma, es como un páramo
donde nunca llegaron las palomas,
un estante olvidado donde sueñan
su infancia lejanísima los pájaros.

Sólo sé su apellido, ya lo he dicho.

Puede llamarse Carlos o Bernardo
aunque lo considero muy difícil.

Pero lo más terrible es que está solo,
frío como un importe cancelado,
yerto como una deuda perdonada.

Decidme si con éstas otras cosas
puede ser bueno un hombre, si hay harina
para amasar un corazón que cante,
si hay niños que comprendan por qué hay flores,
si hay ángeles que puedan convecerle
de que en mayo zurean las palomas,
de que la primavera no es un bulo,
de que la aurora tiene sus razones,
de que escasea el pan en algún sitio
y él podría comprar con sus ahorros
una sonrisa a un niño o un pañuelo
para enjugar el llanto de una madre.

Decidme si es posible que alguien logre
poblar su corazón de tamarindos,
inundar su trastienda de jilgueros,
entrar en su desván deshabitado
y abrir, de par en par, sus miradores
para desempolvar sus esperanzas.

— ¡Si de él sólo sabemos que está muerto,
que es López de tristeza y apellido...!

DON CELSO

Las rosas se suicidan a su paso,
los pájaros gorgean en voz baja,
huye la primavera de sus labios
y se espanta la luz con tanta noche.

Y todo lo sencillo: el aire, el trigo,
la amapola silvestre, el verde prado,
la sonrisa de un niño, la esperanza
de una madre reciente, ya no saben
si están equivocados los jardines
o estará en un error la primavera.

Ya sabéis de quien hablo: de don Celso,

recaudador de ideas importadas,
que mira asesinando a los claveles,
que siembra entre las mieses herejías
y que incendia las aulas de conceptos.

Y sabe tantas cosas, ha leído
tantos libros de Spengler o de Kierkegard
que ha llegado a la fácil consecuencia
de que la rosa es, francamente, imbécil,
de que la sencillez está muy vista,
de que morise en viernes es absurdo.

Por éso, cuando cruza por la calle,
compadece el orgullo de los médicos,
la ingenuidad azul de las muchachas,
el mundo intransitivo de los novios
o el tono que se dan los concejales.

No entiende cómo viven las palomas
sin pensar en la angustia de los chopos,
por qué gorgea un pájaro si sabe
que ha de nevar diciembre sin tardanza;
no comprende que sueñe Adán Fernández
con musicales tórtolas que Carlos
reparta el corazón en los suburbios
o que yo, es un decir, me tome el pulso
para saber que vivo todavía.

Y, sin embargo, sé que su canario
le pide un poco de aire cada día,
que no comparte el sueldo con los pájaros,
ni reparte su pan con los de octubre

a pesar de que está muy convencido
de que la vida está bastante cara
para comprarse un kilo de esperanzas.

Pero, ¡qué se va hacer!, don Celso, el
es un montón enorme de conceptos, [hombre,
una intoxicación de silogismos,
Nunca besó una flor. No tiene labios.
Nunca logró vivir fuera de texto.
Nunca se arrodilló junto a una alondra
ni se manchó de polvo la camisa.

Sigue desempolvando sus lecciones,
campancando el alma en cada frase,
exprimiendo la fruta de la lógica
y no se entera nunca de que mayo
contradice con pájaros su credo.

Y no cae en la cuenta, esta es la pena,
de que, a pesar de Spengler o de Kierkegard,
tienen razón las rosas cuando huelen.

LUIS

Luis, hijo de Manuel y de quién sabe,
casado y natural de Villasiempre.
Eso dice el Registro. Treinta y ocho
contados en andamios y en blasfemias
y en darle cuerda al corazón los sábados.

Luis sueña en su jornal y en sus claretos,
en insultar la suerte de los curas,
en derramar su vino pornográfico,
en esperar, acaso, a los de octubre
y acostarse a dormir con la parienta.

El no sabe si el sueño del alcalde

se turba con extrañas pesadillas,
no entiende por qué pasa un automóvil
sin decir buenos días a los árboles
o por qué toca Adán su clarinete
de amor mientras no suban los jornales
o, en fin, por qué la firma de un banquero
puede alegrar la tarde de los sábados.

Luis piensa en sus problemas y se empeña
en que toda la culpa es del obispo.

Luis presume de culto y lo demuestra
porque aprendió leyendo en los periódicos
que Kennedy se escribe con dos enes,
que Brigitte Bardot está estupenda
o que Luisito Suárez es muy bueno.

Luis, un vaso de tinto. (Piensa Arturo
mientras redacta crónicas sociales).
Luis, demagogia y tal... (Y lleva prisa
don Cosme para hablar de sus estampas).
Luis, ladrillos... (Y Adán no se da cuenta
de que se le ha perdido una corchea).
Luis, un dedo en la llaga... (Y Julio sabe
que aquí hay cantera para un verso próximo).

Pero... ¿quién pone la primera piedra
para elevar un templo en este páramo?
¿Quién puede, en frío, derribar un pino?
y sembrar una rosa en el cemento?
¿Quién es el guapo que le aparta el vino
y le acerca una jarra de claveles?

¿Quién reza por las noches de rodillas
para que Luis aprenda que es eterno?
¿Quién es capaz de comprender a un árbol
o de tomar el pulso a una serpiente?

Luis, hijo de Manuel y de quién sabe,
casado y natural de Villasiempre.
Eso dice el Registro, la partida
de bautismo del año veintitantos
cuando Luis era un niño, antes del odio,
antes de la blasfemia, antes del vino,
antes de la pasión y antes de España.

DON ANGEL

No hay duda, la ciudad le reconoce
por su medida grave de balanza,
por su criterio limpio y calculado,
por su acusada sensatez geométrica
a prueba de pasiones o de insidias.

Es cierto que don Angel nunca tuvo
un hijo sospechoso ni un suspenso;
nunca vistió de azul ni puso un dedo
en un charco de sangre; nunca, nadie
le vió desabrocharse el sentimiento
o llevar por la vida el alma a cuadros
o desnudar su voz en un tugurio.

Nadie pudo saber de una factura
que no fuese pagada puntualmente
ni de una rosa que no respetara
ni de faltar a misa de once y media.

Don Angel piensa el mundo en su bufete
y si llega un asunto oliendo a pólvora
se lava el corazón y lo rechaza
por si se mancha el traje del domingo.

Desde el sillón azul de la tertulia
expresa su criterio insobornable
con la tranquilidad de un hombre justo
que ha pagado su nómina a las siete
y que ha entregado a un pobre una limosna.

¡Que le registren a don Angel, que hagan
una encuesta de sus conversaciones,
que analicen sus frases de aluminio,
verán cómo don Angel es honrado...!

Y, sin embargo, el trigo no madura,
agonizan, cantando, las alondras
y se muere de pena un padrenuestro
mientras don Angel firma una esperanza.

—Y, sin embargo, el pan sabe a rencores,
se suicidan los lirios en el Congo,
se siegan corazones en Hungría
mientras don Angel sueña o desayuna.

Y, sin embargo, el pámpano envejece,
se tizna de cadáveres el mundo,
se gasta el pan en bombas y en satélites
mientras don Angel piensa un crucigrama.

Y, sin embargo, un ruiseñor medita
un girasol solloza giganteas,
un niño prende fuego a la ternura
mientras don Angel habla del catastro.

Porque don Angel es un hombre honrado
aunque incapaz de amar a una paloma
o de sembrar, cantando, una azucena
o de talar un pino si hace falta.

Porque don Angel es un hombre al uso,
mas no le afecta que una golondrina
pueda ser fusilada por un ángel,
o que Juan sienta envidia de la aurora

o que Gabriel apunte a las perdices
sin pensar que una rosa está en peligro
o que don Cosme, por ejemplo, viva
repartiendo medallas a los cisnes.

Porque don Angel es un hombre honrado
y él no tiene la culpa, según dicen,
de que asesinen flores por la espalda
o de que Dios esté tan distraído.

ADAN FERNANDEZ

Que no presuma una ciudad de serlo
si no tiene su músico aborigen,
su cantera sinfónica. Un ejemplo:
Adán Fernández, soñador de oficio.

Adán musicaliza todo: el aire
cuando llora debajo de las puertas,
el ritmo de las máquinas que cantan
la desazón bancaria de los créditos,
los timbres de sus jefes de oficina
que son como la yema de la urgencia,
el estridente «claxon» de los coches

que perturban el sueño de los tiestos,
el suave terciopelo de la lluvia
que besa con sus labios las adelfas
o la sonrisa alegre y bulliciosa
con que madrugan siempre las campanas.

Mendigo del sonido, Adán suplica
extrañas melodías inmortales
y pide carcajadas a los niños
mientras vuelve a su hogar y se le enredan
las cifras en el hilo del solfeo,

Qué gran muchacho Adán, no se da cuenta
si un corazón se ahoga entre sumandos,
si bosteza un clavel de aburrimiento,
si el álamo pronuncia verdes sílabas,
si están montando el circo de la aurora
o su rubor aumentan las naranjas.

El tararea un vals que está de moda,
esboza una canción sabida apenas
y merienda su plato de armonías
en la redonda mesa de un concierto.

Adán Fernández sueña un pasodoble
para ese novillero que comienza
y escribe una sonata para un pájaro
o proyecta un nocturno para un beso.

Y yo no sé por qué le compadecen,
pues, si sus criaturas musicales
se le mueren de olvido en un armario,
él es feliz a prueba de insolencias,
él es un dios sentado a su piano
y cada vez que inventa melodías
se suicida el acero en las industrias.

Aunque le compadezcan, en la barra
de la cafetería, los inútiles,
los que el domingo bailan con Nenuca
y tienen que morir para alegrarse.

DON CANDIDO

Al principio es el sueño, la promesa
de sembrar de violetas el suburbio,
de adoquinar la paz del municipio,
de repoblar la noche de farolas,
el propósito firme de que en junio
se vendarán las llagas del asfalto
o podrán repatriarse las facturas
a la justa nación de la cobranza
(o, por de pronto, que, en septiembre, Ordóñez
no faltará a la cita en los carteles.

Al principio es el cántico, el discurso,
la inyección de esperanza a los ediles,

el aurífero diálogo en la Prensa
anunciando una Escuela de Peritos,
una iluminación más decorosa,
dos urbanizaciones necesarias
o la estación futura de autobuses.

Los niños sueñan blancas alcaldías
y edifican, en barro, rascacielos
y los vecinos juegan a los cálculos
multiplicando cifras a su antojo
para que el presupuesto se nivele.

Pero hay muchas sonrisas pecadoras,
alguien que sabe mucho y pronostica
que para ser alcalde es necesario
poseer, cuando menos, dos escudos
o haber nacido rico de antemano;
alguien que está sentado en sus recuerdos
que vive de su renta de apellidos;
alguien que está cobrando de la nómina
y vive en Cartagena, como es lógico;
alguien que tiene título de conde
y que administra bien su aristocracia.

Pero no es de los débiles don Cándido,
no es de los que presume de parientes
ni de los que han nacido capitanes.
El supo hacerse en barro y no le asusta
que haya que apuntalar un siglo en ruinas
o rejuvenecer un chopo enfermo
y es capaz de volar una muralla
o de amañar la voz de una pantera.

Por éso andan los condes cabizbajos,
por éso se impacientan los de siempre,
por éso se alborozan los violines
y lloran en su jaula los barberos;
por éso las columnas del periódico
relumbran de sigilo en sus dietarios,
porque el alcalde acusa reciedumbre
y ha rasgado la red donde pescaban
desaforadamente los caciques,
porque está demostrando que ya es lunes,
que ya no se reparten caramelos,
que la palmada al hombro ya no vale
un permiso oficial, un cheque en blanco
o un billete dejado en un bolsillo
para que no se sepan tantas cosas.

Pero al fin volverán esos de siempre,
los que acostumbran a cerrar el puño
y asfixiar dulcemente a los insectos;
los que venden el alma o la camisa
para que les admitan una instancia;
los que desde el sillón del privilegio
juegan al ajedrez de los balances;
los de siempre, los títulos sentados
a la sombra del árbol genealógico;
los que no le perdonan a un alcalde
que salude a las flores cordialmente
o que se pare a hablar con los jilgueros.

CARLOS

Vamos a hablar de Carlos, de su aspecto
de gamo sorprendido, de sus ojos
poblados de calientes ruseñores,
de sus labios humildes, deseosos
de besar en la frente a la desdicha,
de sus manos que buscan a los niños
para enredar la luz en su cabellos,

Ya se sabe que Carlos, los domingos,
mientras el mundo llena los estadios,
mientras suenan las fichas en el mármol
o el insulto se sube a los tendidos,
desmiga en el suburbio su consuelo,

derrama su esperanza entre los cardos
y planta una palmera en el desierto.

Ya se sabe que Carlos, los domingos,
mientras Adán Fernández oye misa
persiguiendo una mosca en el armonio,
mientras Julio se rasca el pensamiento
para encontrar un bello consonante,
mientras Jacinta riega sus geranios
y repasa su sábana de olvidos,
ya se sabe que Carlos, por la tarde,
vuelve del mal olor, de las envidias,
de los ojos oscuros que no admiten
la luz intermediaria, de las manos
que reciben el pan amenazantes.

Carlos vuelve dudando de que Cristo
haya durado más que sus palabras
o que lo que le sobra de su sueldo
sirva para calmar un poco el hambre
o para ver mañana una película.

No sabe cómo hacerlo; a veces, piensa
que es preferible acariciar a un toro
que ser cristiano, acaso; es más difícil
que visitar a un niño que está enfermo
hablar de eternidad a un millonario.

Porque él vuelve a su casa y esta noche
se comerá su pan y sus recuerdos,
deshojará la flor de una quiniela
y escuchará el concierto de las once,

mientras que en el suburbio, los gamberros
proseguirán rompiendo las bombillas.

Pero sabe que Cristo le comprende
y que hay motivos para la esperanza,
para volver el próximo domingo
y plantar un clavel en una lágrima
mientras empata el Elche con el Betis
y sueñan con soldados las niñeras.

JACINTA

Aquí quisiera ver a las alondras
que gorgean al aire sus sonrisas,
aquí quisiera ver a los que piensan
que Dios es un negocio en exclusiva,
aquí venir debieran los que empuñan
un átomo de angustia, una molécula
de luz o de dolor o de misterio,
a investigar por qué llora Jacinta
por qué le duelen tanto sus claveles,
porque los ojos de Jacinta nievan
cada vez que maduran los fusiles.

Que aprendan los maridos sus periódicos,

que hablen a reventar de si Lumumba,
que descarguen su rabia en los tendidos,
que jueguen al amor o a la política.

Jacinta nunca sueña en subjuntivo,
nunca sabe si es quince o diez y siete
y solamente nota que se acaba
el mes cuando le duele su despensa.

Por éso, cuando llega su marido
y le cuenta que el mundo está en las últimas,
ella asiente su pena simulando,
porque ella sabe que la China roja
no vale lo que un bucle de Gabriela,
que el problema del Congo se resuelve
si aprueba la Aritmética Juanito,
que cuarenta millones de soldados
no podrán derrotar a María Luisa.

Lo que tiene importancia es que mañana
desayunen sus hijos su cariño,
que haya carbón para encender los besos
y el panadero venda el pan cantando.
Lo que tiene importancia es que la vida
liquide sus retales de esperanza,
aunque estalle la guerra y se destruyan
diez o doce millones de cantares.
(Ella abraza a sus hijos y sospecha
que todo ocurre en Asia, que las bombas
saben que su canario es inocente...)

Jacinta, la mujer, vive hacia el beso,
hacia el cuarto de baño, hacia el cocido,
apenas piensa que hay Madrid, tranvías,
venta de corazones a buen precio,
negros que piden pan y vacaciones,
señores que se juegan en un número
una fortuna, una mujer o un pájaro,

Jacinta llora, ríe, besa, azota,
lava, guisa, repasa, desafina
y cuando el vientre, un día, se le comba
es cuando menos cree en los periódicos.

Y no comprende, la verdad, que Enrique,
mientras ella remienda su ternura,
sueña en los graderíos, se apasione
hasta la trasfusión por un «penalty»
o entable discusiones siderales
defendiendo posturas democráticas
y apenas se dé cuenta que Juanito
confunde un rruiseñor con una alondra,
o que Gabriela, sin querer, se asusta
sintiendo que le brotan amapolas
o que le están creciendo a María Luisa
lentamente colinas espontáneas.

Por lo demás Enrique va a la iglesia
y se persigna todos los domingos
y es anticomunista por decreto,
y no permite nunca que Jacinta
opine por las noches del cansancio,
y no perdona que Jacinta le hable
de que el sueldo resulta insuficiente
para comprar estrellas a los niños.

JULIO GOMEZ

¿Qué sería de un cedro sin aroma,
de una amorosa torre sin campana?,
¿qué sería de un beso sin recuerdos,
de un corazón sin barcos ni banderas,
de una ciudad, en suma, qué sería
sin un verso de amor donde soñarse?

Porque lo inútil, lo que no se come,
lo que la mano busca y no comprende
—una palabra herida, un verso ardiendo—
es lo que salva al hombre de la piedra,
lo que impide que muera la sustancia.

Por eso quiero hablar de Julio Gómez,
de un extraño temblor irremediable,
de un suceso que olvidan los periódicos
porque nada nos dice de Eisenhower
ni de que F. E. C. S. A. baje cuatro enteros
ni de que hayan lanzado otro satélite
ni de que sea el árbitro el culpable.

Y, sin embargo, Julio Gómez, digo,
debiera ser noticia porque piensa
y ésto ya es un suceso inenarrable
que no suele ocurrir todos los días.

Aunque tiene su trampa Julio Gómez;
él siente de verdad que enferme un junco,
que se muera de sed una amapola,
que se abandone el trigo en el granero
mientras el hambre grita en la cazuela
y para remediarlo, se abanica
el corazón con versos minerales
porque lo pasa bien, y esta es la cosa,
diciendo que don Angel nunca tuvo
un hijo sospechoso ni un suspenso
o que don Cosme se casó en domingo
para no confundirse de parroquia
o bien que López vende padrenuestros
para aumentar su triste soltería.

Julio Gómez la goza, inventa lágrimas,
metaforiza gravemente heridas,
moja su dedo lírico en las llagas,

se empapa bellamente de amarguras
y se va a comentar con los amigos
que María Luisa está para comérsela,
que se está haciendo un corazón a rayas
o que el cine italiano es estupendo.

Es cierto que los pueblos necesitan
un verso inútil para oler a siempre,
un Julio Gómez, o un Adán Fernández
para evitar que sólo haya ladrillos,
lindos escaparates luminosos,
tristes conversaciones sobre el cáncer
o deseos de ver una película.

Julio Gómez se peina con esmero,
desayuna pensando en un cliente
y, a las tres de la tarde, escribe a un lirio,
le da cuerda al reloj de la nostalgia
o riega sus geranios de tristeza.

Luego sale a la calle y se le olvida
un pobre en un rincón del sentimiento
y solamente piensa en su cartera,
en aumentar su ingreso este trimestre;
y se sacude a Dios de la corbata
cuando hay que resolver esos problemas
donde se juega el pan o el traje nuevo.

Al fin, vuelve a su casa y, por la noche,
cuando regresa Carlos del suburbio
y la patria se inunda de quinielas,
siente cómo le quema una metáfora
y, a falta de ajedrez, escribe un verso
porque termina el plazo de un concurso
y hay probabilidades de ser pájaro.

EL PERIODICO

Editorial: «Avanza el comunismo». Y Eisenhower, en tanto, se entrevista con una margarita disecada.

(Don Ernesto y don Angel se sorprenden de que el mar rojo llegue a sus bolsillos y Luis bebe en la jarra de los sueños medio litro de tinto demagógico...)

Un anuncio: «Se venden dos arcángeles. Consúltese su precio a una serpiente...»

La vida en la provincia: «La cosecha presenta un buen aspecto...» (Y alguien grita su enojo, asegurando que no llueve...)

Dietario. «Hace buen tiempo. Un accidente. Timo de la estampita. Dos sucesos.» (Y Arturo se reniega de que no haya un crimen o una guerra que es lo bueno.) «Junta a las ocho en punto» (Firma Co-me). «El martes, conferencia interesante a cargo de un ilustre. Entrada pública.»

«Cultos para mañana en San Gregorio.» «Homenaje a don Carlos Gamborena en un céntrico hotel.» «La Permanente se reúne en sesión. Tema: Urbanismo.» «Nacimientos: Benigno, de Benigno y Pascuala» Dos nuevos matrimonios y una esquila que ocupa media página para decirnos que alguien ha existido.

La entrevista del día: «Un carpintero acierta una quiniela de catorce...»

Deportes: Fútbol. Fútbol. (Y no es raro que don Ernesto, el hombre, considere que España está enfermando por momentos.)

Y luego anuncios, sin piedad, columnas, recuadros gigantescos que tan pronto ofrecen receptores modernísimos como aconsejan ver una película.

Lo que nunca nos dicen los periódicos es por qué ha muerto un beso de repente,

que a Juan le duele el mundo por la noche
pensado en que Isabel quiere ser monja,
que Luis se ha persignado al acostarse
por si tiene razón la siempreviva...

Lo que tampoco dicen los periódicos
es que don Celso duda gravemente
o que Jacinta está bastante inquieta
porque tiene seis hijos y hoy es quince
y aún no han dado señales sus claveles.

Porque saber que Kennedy ha triunfado
o que en Cuba se infiltra el comunismo
o que el alcalde enjuga el presupuesto,
éso le importa menos a la gente
que pagar el recibo de la Electra
o aplaudir a su equipo los domingos.

LOS DE ABRIL

Así está el patio, pero yo les ruego
que no se pongan tristes todavía
porque también abundan los arcángeles,
los de abril, los que siembran en la noche
la estrella y el jazmín, el pan y el beso,
los que están convencidos por la Gracia
del triunfo incontenible de las rosas.

Los que rezan por Juan, para que aprenda
a ser feliz domándose la envidia;
los que regalan sueños si es preciso
para que don Ernesto se arrodille;
los que piden al cielo una limosna

de amor para que López piense en alguien;
los que venden sus ojos al recuerdo
para que Luis, el hombre, se dé cuenta
de que su carne templo puede hacerse;
los ruisñores de la luz que esperan
a que Gabriel comprenda por qué existe;
los de abril, los de amor, los de esperanza,
los que un sábado azul o una azucena
le dejan a don Cosme en un saluda;
los que no se resignan a morirse.
sin lograr que don Celso haya llorado
por una mariposa o por un lirio,

Yo los he visto redimir a un cuervo,
arrancar una lágrima de un llanto,
contener con su beso una hemorragia
o clavarse las uñas en el sueño
para inundar su voz de mansedumbre.

Yo les he visto arremangarse el alma,
atarse los cordones del deseo
y estrangular el potro de su orgullo
para poder ponerse de rodillas,

Yo los he visto cerca y he palpado
su sangre gobernada por alondras,
su desazón de fuentes y palmeras,
su alegría de ciervos desatados.

Hablo de los de abril, de los pacíficos
que luchan por la paz hasta que siembren

la luz en el jergón de los adúlteros,
hasta que huelan a oración los sueldos
y sepan a esperanza las tertulias.

Que reparten su paz, que se la niegan
hasta que no se abracen los chacales,
hasta que no se limpien los billetes
del sudor y la sangre de la hormiga,
hasta que la herramienta sepa, en alguien,
que está cantando a Dios cuando trabaja.

Así está el patio, oliendo ya a geranios,
retirando sus viejas mecedoras,
adivinando el sol en las ventanas,
que yo he visto bandadas de palomas
que vienen por la ruta de poniente,
que yo he visto llorar a los murciélagos,
gorgear a los cuervos aleluyas,
que el mundo ha de salvarse de la nada
porque Dios ha querido —y yo lo he visto—
que se abracen el ciervo y la pantera.

EPILOGO PARA MAYO

Os juro por las rosas, que habrá mayo,
aunque el sol se disguste con las nubes,
que la ciudad merienda su alegría
y la esperanza juega con los niños.

Pongo como testigo a las muchachas,
a los pañuelos blancos, a los besos,
de que habrá mayo más que suficiente
si logramos sembrar nuestra tristeza,
si es posible que llueva antes del odio.

Yo te juro, don Celso, por los árboles,
que en un estante de Gabriel sesteá

una infantil alondra de ternura;
yo te juro, Gabriel, por tus perdices,
que don Cosme no riega sus plegarias
por culpa de Occidente; yo te juro
don Cosme, que si Luis odia y blasfema
es porque Juan blasona de católico
o porque don Ernesto, en misa de once
quiere rezar a Dios en exclusiva;
yo te juro, Jacinta, por los pájaros,
que Enrique está pensando en el partido
porque ignora el sabor de un padrenuestro.

Por éso os aseguro que habrá mayo
mientras haya una madre y un pañuelo
y desayunen besos los chiquillos,
mientras os quede el corazón de Carlos
sembrando de claveles una lágrima,
mientras Adán Fernández tenga tiempo
de escribir con el sueño pasadobles.

Vamos a comprendernos, a cambiarnos
las ropas, a que el árbol se haga rosa,
el río arroyo humilde, la pantera
celeste ruiseñor, níquel el oro,
labio la siempreviva o lluvia el aire.

Vamos a comprender, a ser el otro,
don Angel, don Ernesto, Luis o Cándido,
cambiémonos la pluma por la pala,
el libro por el vaso o por los números;
vamos a intercambiarnos los papeles,
el mono azul por el flamante «smoking».



el sillón guateado por la silla,
a ver si al acostarnos comprendemos
que el telón está a punto de bajarse
y está esperando Dios para aplaudirnos.

Capital de provincia... Cada uno
en su calle, en su amor, en sus talentos,
cada uno en su puesto de esperanza.

Yo os juro, por mis versos, que habrá mayo
mientras sonría el sol en las escuelas
y sueñen con arcángeles los niños.

INDICE

INDICE

	<u>Páginas</u>
Pórtico para un Jueves.	9
Don Cosme.	13
Don Ernesto.	16
Gabriel	19
Juan	22
López.	25
Don Celso.	28
Luis.	31
Don Angel.	34
Adán Fernández	37
Don Cándido	40
Carlos.	43
Jacinta	46
Julio Gómez.	49
El Periódico.	53
Los de Abril.	56
Epílogo para Mayo.	59

ESTA PRIMERA EDICIÓN DE
CAPITAL DE PROVINCIA
DE JOSÉ MARÍA FERNÁNDEZ NIETO

VOLUMEN 5.º DE LA
COLECCIÓN ABABOL

AL CUIDADO DE
GUMERSINDO GUERRA-LIBRERO

SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN LA
IMPRESA BETICA
(SAN DIMAS, 7) MADRID
EL DÍA 22 DE JULIO DE 1961

Citar lo de la vida íntima de Ortega

Un prófo - invidia

En los rendidos de la
social had, sigue haciendo
en gran parte: la de
siempre.

Es el cada uno con su
tema, su pequeño, su
episodio, su invidia,
Paranoias sociales. (Ver
p. social) ¿Vellin? A.

¿Todos mal? El al al de
unos, 51. 52 = los otros.
Et.

Hay 54 = precios!

Algunas mujeres andadas que dicen
lo que sólo así...

Pp 55 ...

Un mensaje, con gran
mensaje.

de una gran avidez
promesas

COLECCION ABABOL

AL CUIDADO DE
GUMERSINDO GUERRA-LIBRERO



PUBLICADOS:
NIÑO SIN AMIGOS

DE
J. J. CUADROS


HONTANAR OCULTO

DE
GUMERSINDO GUERRA-LIBRERO


AQUI SE DICE DE UN PUEBLO

DE
J. J. CUADROS


SOMBRA MINUSCULA

DE
RAFAEL PALMA


Capital de Provincia

DE
JOSE M.^a FERNANDEZ NIETO

PRECIO: 25 PTAS

199

FROM WING A JOSE MARIA PEREZ WILFORD